

Dimensiones Internacionales del Conflicto

MANUEL COMA,
Profesor Universitario

LAS perspectivas occidentales sobre la guerra del Golfo estuvieron caracterizadas al principio por una serie de temores que pronto se vieron desmentidos, pero que nunca han llegado a desaparecer por completo. Existía preocupación, ante todo, por el cierre de Ormuz y la interrupción del flujo del petróleo, así como de la repercusión que esto podría tener en los precios mundiales. Venía luego el interés por el acceso a esos mercados, potenciados por los petrodólares. Parecía existir un peligro de extensión del conflicto, con una desestabilización general de la zona, que a la larga podría implicar una pérdida del acceso a las reservas petrolíferas del área, más del 50% de las mundiales, crear numerosas oportunidades para los soviéticos y provocar una intervención occidental de consecuencias difíciles de calcular. Todo lo dicho vale en máximo grado para los Estados Unidos, con una dependencia escasa de la zona en su aprovisionamiento de petróleo, pero que se preocupaba por la de sus aliados.

Para una gran potencia la defensa de esos intereses económicos se convierte en problema estratégico, y una vez así planteadas las cosas, su posición relativa respecto a su gran rival viene a ser el tema dominante. Contener la extensión de la influencia soviética en la zona está en el fondo de las preocupaciones estratégicas americanas y articula todas las demás.

POSICION SOVIETICA

COMO sucede con respecto a toda la periferia de su territorio, para los soviéticos las consideraciones defensivas tienen carácter prioritario. Lo que suceda en un país limítrofe como Irán les concierne directamente. Una revolución como la de Jomeini presenta ciertos riesgos de contagio a la población musulmana del Sur de la Unión Soviética. Ya este tipo de consideraciones pesaron en la decisión de invadir Afganistán. Por otro lado, la revolución iraní, ferozmente antiamericana, ofrecía una serie de oportunidades. Era, además, una guerra contra un país formalmente amigo de la URSS, que había sido uno de los puntales de la penetración diplomática soviética en el mundo árabe. Tener que elegir campo resultaba embarazoso y podía tener un precio elevado. Por eso, la primera reacción soviética fue declararse neutral, considerar la guerra como fruto de antagonismos históricos entre los contendientes, al tiempo que denunciaba a Estados Unidos como primer beneficiario de la misma. Esta posición ha sido mantenida hasta hoy día, con variaciones importantes en la intensidad del énfasis propagandístico y cambios no menos importantes en las preferencias mostradas por uno u otro de los beligerantes.

En los últimos años del Sha, la Unión Soviética había intensificado sus esfuerzos para conseguir una aproximación a Persia, al menos por vía comercial, ya que las incompatibilidades ideológicas bloqueaban otras vías. Con el acceso al poder de Jomeini, tanto los comentarios soviéticos como los del Tudeh, partido comunista iraní que recobraba la existencia legal con el nuevo régimen, subrayaron la supuesta identidad entre la revolución islámica y la comunista. Los islámicos no parecieron compartir dicha opinión y la virulencia de la campaña de denuncias contra la Unión Soviética, segundo Satán, pisándole los talones al primero, Norteamérica, no hizo más que crecer. Pero lo que estaba en juego era mucho y los soviéticos fueron encandando sin responder.

La URSS había firmado con Irak en el 72 un tratado de amistad mutua y cooperación, el máximo vínculo diplomático con un país no comunista. Había sido el gran proveedor de armamento del país y su principal socio en proyectos de desarrollo. Había, igualmente, confiado en el radicalismo panarabista del régimen iraní para oponerse a la política americana e israelí en Oriente Medio. Pero desde el 75, año en que Irak consiguió un entendimiento con la Persia del Sha, ganar su guerra Kurda y empezar a prosperar gracias a las riquezas adquiridas con el petróleo, el régimen baasista venía moderando sus posturas, diversificando hacia el Oeste su aprovisionamiento de armas y tecnología para el desarrollo y buscando un acercamiento a los países conservadores de la orilla meridional del Golfo. Poco antes del comienzo de la guerra se había atrevido a criticar la presencia soviética en Afganistán y el cuerno de África, y aún antes a reprimir con dureza al partido comunista local.

En estas condiciones, la primera neutralidad soviética tuvo un claro sesgo proiraní. Irán era sin duda el premio más sustancioso en la zona. Irak, con lo que en los inicios fue una invasión victoriosa, lo ponía en peligro. Las ventas de armamentos disminuyeron mucho su ritmo y no se firmaron nuevos contratos en el momento en que los iraquíes más lo necesitaban. Irán empezó pronto a recibir armas soviéticas desde Libia, Siria y Corea del Norte, lo que no podría haberse hecho sin permiso de Moscú.

Pero la insobornable revolución islámica no hacía concesiones. La campaña antisoviética seguía su curso. La URSS fue denunciada en el 81 por no condenar abiertamente al invasor. También se la culpaba de alentar el separatismo de las minorías étnicas de la periferia de Persia. La paciencia soviética empezó a dar muestras de agotamiento ya desde la primavera del 81. También desde entonces los acontecimientos bélicos e internacionales contribuyeron a propiciar un giro de la actitud soviética. Desde el verano el ejército iraquí en territorio persa cedía terreno. Un año después las tornas se cambiaban y eran los iraníes los que amenazaban el equilibrio regional con su presión militar sobre las fronteras iraquíes. Su victoria hubiera significado la amenazadora afirmación de una ideología nada tranquilizadora para los soviéticos. Estaba también la cuestión de la credibilidad, a la que la diplomacia de Moscú asigna siempre una gran importancia. La URSS tenía muy abandonado a un país formalmente amigo. Era hora de honrar el tratado del 72. Podía además confiar en que las irreductibles posiciones ideológicas de Teherán le impedirían cualquier acercamiento a los occidentales. Desde la primavera del 81 se reanudaron los envíos importantes a Irak, en el verano del 82 ambos países firmaron de nuevo contratos de envergadura, aumentados en la primavera del 84 y doblados por una campaña iraquí de halagos públicos hacia la URSS.

Este giro soviético, tras un corto período pro-irani, y sin abandonar jamás el neutralismo oficial, se ha mantenido hasta el momento y nunca ha perdido su carácter de elemento de presión sobre las autoridades de Teherán, pues la aspiración soviética ha sido siempre disfrutar de influencia sobre ambos bandos, estar presente en los acontecimientos persas con vistas a sacar provecho de cualquier oportunidad que se presente, y encontrarse en buena posición para tratar de mediar en caso de negociaciones de paz.

POSTURA NORTEAMERICANA

La posición básica de los Estados Unidos quedó fijada antes de la iniciación de las hostilidades con la formulación de la llamada doctrina Carter. Como respuesta a la invasión de Afganistán, el antiamericanismo de la revolución islámica y la crisis de los rehenes, el presidente americano anunció, en enero del 80, que "cualquier intento de establecer control sobre la región del Golfo Pérsico por parte de una fuerza exterior... será repelido por todos los medios, incluidos los militares". Reagan completó la doctrina proclamando que Estados Unidos no permitiría que Arabia Saudita se convirtiese en otro Irán.

A los pocos días del comienzo de la guerra EEUU hacia llegar a los saudíes cuatro aviones AWACS y otra serie de armas para reforzar la capacidad defensiva de los árabes conservadores agrupados poco antes en el Consejo de Cooperación del Golfo. Pretendía así lograr sus objetivos sin verse directamente implicado en una guerra en la que no tenía relaciones ni capacidad de presión sobre ninguno de los dos bandos. Su actitud se veía condicionada por la soviética, por un lado, y por la de sus amigos regionales por otro. Estos, que nunca se habían sentido muy felices con la proyección exterior de Irak, consideraban sin embargo que la amenaza persa era la más grave. Deseaban que ninguna de las partes aplastase a su contraria, pues un vencedor indiscutible podría convertirse en el futuro en una amenaza para su seguridad e independencia. Estados Unidos compartía esta predilección por el mantenimiento de un equilibrio regional. Un Irán derrotado podría quedar a merced de sus propias fuerzas centrifugas —los separatismos étnicos de su periferia— creándose así un vacío de poder que el poderoso vecino del norte estaría en inmejorables condiciones para llenar. Por eso, cuando, a comienzos de la invasión, Irán parecía estar siendo arrollado, Brzezinski, consejero de seguridad con Carter, envió mensajes a Teherán en el sentido de que las relaciones se restablecerían fácilmente si los rehenes de la embajada eran liberados. Cuando cambió la suerte de la guerra, los EEUU aconsejaron a sus amigos, como Israel, por ejemplo, que no abasteciesen a los persas y en varios momentos advirtió duramente a Teherán contra el cierre del estrecho de Ormuz, al tiempo que hacía la vista gorda ante los ataques iraquíes contra petroleros de países neutrales que transportaban crudo iraní.

Por su parte Irán ha demostrado gran sentido de la realidad al no ejecutar su amenaza de cierre como réplica a los intentos iraquíes de ahogarlo presionando su yugular petrolera. Se ha contentado con atacar los barcos que cargan crudo de los países que financian el esfuerzo de guerra iraquí, especialmente Kuwait. Pero como en el 86 la eficacia de la aviación iraquí aumentó notablemente, Irán se ha visto presionado a endurecer su respuesta. A su vez, EEUU, cuya credibilidad entre los árabes se había visto muy mermada por las revelaciones del asunto Irangate, se ha sentido obligado desde mediados del 87 a tomar bajo su protección a los petroleros kuwaitíes. Esta escalada ha elevado la presencia naval de Occidente en el Golfo a los niveles que tuvo a las tres semanas de la iniciación del conflicto, pero todavía más diversificada en su composición nacional. De este modo, los temores señalados al principio, que habían remitido en el transcurso de la guerra, han vuelto a reavivarse. No quiere decir eso que hayan cambiado la posición americana. Mantener abierto Ormuz, tranquilizar a los amigos árabes reduciendo su intervención directa al mínimo y contener a los soviéticos sin provocarlos, siguen siendo sus objetivos. Pero se ha elevado el mínimo de intervención necesaria, con el peligro de que siga creciendo.

OTROS PAISES

En general, los aliados occidentales de los EEUU, incluido Japón, han tendido a cerrar los ojos ante las implicaciones estratégicas de la guerra del golfo, abandonándolas en manos americanas, preocupándose sólo por las consecuencias económicas inmediatas en cada fase del conflicto. Francia, sin embargo, ha mantenido una posición mucho más comprometida. En su política de asegurarse un trato preferencial por parte de algún productor importante de petróleo, se había convertido ya antes de la guerra en el segundo proveedor de armas para Irak, a la que le estaba construyendo la central nuclear, bombardeada por los israelíes en junio del 81: la guerra no modificó esa política francesa y la acumulación por parte del Irak de una deuda con Francia de más de 5.000 millones de dólares, no ha hecho más que aumentar la apuesta francesa por el bando iraquí.

En términos de comercio de armas, la diplomacia israelí eligió silenciosamente bando desde el principio. Aunque uno de los objetivos generales de la revolución jomeiní es liberar Jerusalén, debilitar a Irak y de

Mantener abierto Ormuz, tranquilizar a los amigos árabes reduciendo su intervención directa al mínimo, y contener a los soviéticos, son los objetivos de la presencia estadounidense.



rechazo a todo el Frente de Firmeza que se opone a los acuerdos de Camp Davis, les pareció una ganancia más inmediata. En todo caso, como a otros muchos países, a *Israel* le interesa el mantenimiento del equilibrio, con ambos contendientes lo más desgastados que sea posible por la guerra.

Entre los vecinos geográficos, *Turquía* y *Paquistán*, han sacado partido comercial de su neutralidad, mientras que Irán ha dado una prueba de realismo al pasar por alto los vínculos de esos países con Estados Unidos. Como Irán cuenta con la rebelión de los kurdos iraquíes como una de sus bazas militares, se ha sentido molesto por la ayuda que Turquía presta a Irak en su lucha contra los rebeldes. Pero la necesidad de buenas relaciones con los turcos ha prevalecido y también ha habido colaboración contra los kurdos iraníes.

LOS PAISES ARABES

La guerra ha significado nuevas decepciones para el sueño de unidad árabe. Los países radicales como Siria, Libia y Yemen del Sur se han alineado en contra de Irak, su hermano de cultura. Jordania, enemistada con Siria y muy temerosa del radicalismo islámico, apoyó decididamente a Irak desde el principio, ofreciendo sus aeropuertos y dando toda clase de facilidades de tránsito e incluso, quizás, enviando voluntarios al frente. Una vez conseguida una cierta reconciliación con Siria, a finales del 85, el rey Hussein ha tratado, con poco éxito, de mediar entre este país e Irak.

Egipto vio en la guerra una oportunidad para escindir el Frente de Firmeza que lo había marginado del mundo árabe tras el viaje de Sadat a Israel en el 77. Su apoyo a la causa iraquí le ha valido la reanudación de las relaciones diplomáticas y su reinserción paulatina en el mundo árabe. Egipto ha proporcionado material de guerra americano y apoyo diplomático.

Es casi seguro que Irak inició la invasión de septiembre del ochenta tras haber recibido luz verde por parte de los saudíes y quizás de otros países de la orilla Sur del Golfo. Estos habían creado un organismo de coordinación, el Consejo de Cooperación del Golfo, ya en mayo del 80, para responder a la amenaza que para ellos suponía la revolución iraní y la extensión de la presencia soviética a través de Afganistán. El Consejo no ha llegado a ser gran cosa. Por temor a provocar a los persas, ha sido dotado de un carácter puramente económico, si bien paralelamente ha tratado de establecer un sistema de seguridad colectiva. En conjunto, esos países han estado financiando a Irak y recibiendo ayuda militar americana, al tiempo que tratan de velar sus relaciones con Estados Unidos por temor a sus propias poblaciones. El máximo grado de ambigüedad se da en Kuwait, el país más expuesto por su proximidad geográfica al área de conflicto, su población mayoritariamente chiita y por ser objeto de reivindicaciones territoriales por parte de Irak, hoy día silenciadas pero no explícitamente abandonadas.

En conjunto, todos los países que de alguna forma puedan verse salpicados por el conflicto desean la preservación del equilibrio regional y por tanto un resultado sin vencedores ni vencidos. Esta identidad de intereses ha evitado roces entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Casi todos los países se han visto beneficiados por el conflicto, aunque sea un beneficio envuelto en temores. La excepción a esta regla puede ser la Unión Soviética, que opina que la guerra ha echado a perder las hermosas oportunidades que ofrecía la revolución iraní y ha aumentado la dependencia de los árabes conservadores respecto a Estados Unidos. Una vez restablecidos los vínculos con Irak, sin un empeoramiento de las relaciones con Irán ni una mejora de las de este país con los EEUU, puede que la valoración soviética de la guerra haya cambiado un tanto.

Cuando se cumplen los siete años de guerra los peligros, nunca materializados, no se han disipado. ■